

CONSPIRACIÓN EN LONDRES: PROLEGÓMENOS DEL INDEPENDENTISMO HISPANOAMERICANO¹

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Santiago Muñoz Machado*

Pasaban por Londres muchas informaciones con destino a América desde años antes de la ocupación de España por la fuerzas napoleónicas y los subsiguientes levantamientos armados contra ellas. También era un caldero donde hervían ideas sobre el futuro de las colonias. Londres fue el destino de importantes personajes americanos, como Francisco de Miranda, que tenía trazado un plan para la independencia de América. También fue la plaza más adecuada para distribuir material escrito justificativo de las independencias, como le pareció al jesuita expulso Viscardo, que llegó a la capital inglesa a buscar partidarios contra la dominación española. A Londres llegaron eminentes políticos españoles, como Argüelles, Toreno, o Nicasio Gallego, escritores y agitadores americanos como Servando Teresa de Mier, e intelectuales de la misma procedencia, tan notables como Andrés Bello; militares dispuestos a luchar por la independencia, como Simón Bolívar; pensadores y escritores españoles muy relevantes, como José María Blanco White; y fue el lugar habitual de residencia de un noble inglés influyente en el pensamiento político español de la época como lord Holland, que acogió a muchos intelectuales errantes.

El ambiente político era singular. Se estaba intentado aprobar en Cádiz una Constitución, que habría de regir en «ambos hemisferios», según establecería su artículo 1.º, y al mismo tiempo, la mecha de la independencias había prendido en la mayor parte de los territorios americanos.

¹ Esta disertación resume algunas páginas introductorias de mi libro *De la Democracia en América*, Taurus, 2025, que se empezará a distribuir en el mes de abril.

* Sesión del día 18 de febrero de 2025.

Un papel importante cumplieron en la agitación intelectual londinense, jesuitas afectados por la orden de expulsión de todos los territorios españoles dictada por Carlos III en 1767. Muchos de ellos se dedicaron a escribir libros en los que afeaban a la monarquía española sus práctica colonizadoras en América y ensalzaban las civilizaciones precolombinas, que España había maltratado y, en buena medida, hecho desaparecer. Muchos de estos jesuitas heridos por la decisión carolina, se convirtieron en animadores de la subversión, que trataron de alimentar, por despecho unas veces, por convicción casi siempre, con muy fundamentados escritos.

A los jesuitas expulsos que animarán las insurgencias no les arredraron estas conclusiones científicas, sino que los animaron a discutirlas basándose en sus experiencias de muchos años de vida en el Nuevo Mundo.

Destacan en este sentido los libros de Francisco Javier Clavijero (1731-1787), jesuita mexicano que se exilió a Italia donde compuso su *Historia antigua de México*. La escribió primero en español y luego la tradujo al italiano pensando que nadie la iba a editar en España. Tuvo un gran éxito. Su reto fue principalmente refutar las ideas de Pauw, Buffon, Raynal, Robertson y otros, que habían considerado a los indios brutos débiles, bárbaros y bestiales.

Clavijero siguió al Inca Garcilaso de la Vega para rechazar estas afirmaciones que consideraba calumniosas, como lo fueron también muchas de las que habían dejado escritas Gómara y Herrera.

La recuperación de una historia, digna de ser admirada, de las civilizaciones precolombinas era un primer paso en el desplazamiento de la lealtad desde donde estaba fijada, que era España, su cultura y civilización, a favor de la identificación del pasado amerindio como una herencia que correspondía a los criollos porque se había generado en las tierras en las que ellos habían nacido.

El paso siguiente de las élites criollas consistió en pasar de la reivindicación de la historia americana, como había hecho Clavijero, a las proclamaciones del mejor derecho de los españoles nacidos en América a gobernarla y explotar sus riquezas, y comerciar libremente entre ellos y con otras naciones extranjeras.

Esta es la actitud que expresó con fuerza la *Carta dirigida a los españoles americanos*, difundida en Londres en 1799, obra de Juan Pablo Viscardo y Guzmán (1748-1798).

Viscardo era un jesuita peruano exiliado que estaba intrigando en Londres acerca de la posibilidad de que los criollos americanos rompieran con España. Desde 1789 hasta 1798 residió en Londres, pensionado por el gobierno británico y tratando de convencer al gobierno de Pitt de que enviase una expe-

dición al Pacífico para apoderarse allí de los puertos estratégicos y, especialmente, del puerto peruano de Coquimbo desde donde podría dominar toda Nueva Granada y Chile. Aseguró que una expedición así sería muy bien recibida por los criollos.

La *Carta dirigida a los españoles americanos* era un documento redactado con estilo vigoroso, de tono revolucionario, pero no consiguió ninguna movilización de las fuerzas europeas. Antes de su muerte, Viscardo entregó sus documentos a Rufus King, ministro de Estados Unidos en Londres, quien a su vez se los hizo llegar a Francisco de Miranda. Fue Miranda quien tradujo y publicó la carta en francés y dos años después en español. Tuvo un considerable efecto porque Miranda distribuyó muchos ejemplares, logrando que se propagara ampliamente la causa de la independencia.

EL IMPARABLE ESCRITOR Y ACTIVISTA SERVANDO TERESA DE MIER

El personaje que mejor representó esta etapa fue Servando Teresa de Mier (1763-1827). Siempre fue un personaje extravagante y complejo, al tiempo que atractivo y polémico. Siendo teólogo dominico, predicó en la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe de 1794, exponiendo ideas que asombraron a la concurrencia.

En aquella predicación eclesiástica sostuvo que la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe había estado impresa en la capa del apóstol santo Tomás, que, según afirmó, era el «apóstol de este reino», y no solo en el sayal de Juan Diego. Santo Tomás había levantado un templo y fue él mismo quien escondió la imagen de la Virgen. Cuando santo Tomás concluyó su misión evangelizadora en América los indios apostataron y la Virgen permaneció escondida hasta que se apareció a Juan Diego para revelar su paradero. Santiago era a España y a la Virgen del Pilar lo que santo Tomás y Guadalupe eran para México.

Esta imaginativa historia dio lugar a que se abriera un expediente y aprobara un castigo eclesiástico para Mier, consistente en el encierro en su celda mientras se completaba la investigación que concluyó en una sentencia a diez años de exilio y confinamiento en Caldas, en las montañas de Santander, donde había un convento dominico. Pero mantuvo su convicción en que la Virgen no esperó a que pasaran 1.600 años para presentarse en México. Había llegado al mismo tiempo que los apóstoles y la dieron a conocer allí donde predicaron a las gentes. Y aseguró que santo Tomás lo hizo en América. Decía que la religión de los mexicanos no era sino un cristianismo transformado por el tiempo y la naturaleza equivoca de los jeroglíficos.

Mier se fugó a Madrid, donde trató de reiniciar su vida personal y profesional y difundir sus ideas. Leyó mucho en este período de su vida sobre teología y teoría política. Se informó de lo que decían los ilustrados españoles y los filósofos europeos. Se mostró partidario de Jovellanos y de las ideas de Blanco White. Escribió una *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac*, publicada en 1813, a la que añadió un apéndice sobre la misión apostólica de santo Tomás y una importante historia sobre los orígenes de la nación mexicana.

Durante su estancia en España y después en Francia, aprendió y tuvo ideas que sirvieron para apoyar posteriormente las independencias criollas. Mier fue a Francia en 1801, haciendo valer su condición de jansenista y fue recibido por Henri Grégoire (1750-1831). El obispo francés mantenía correspondencia con Jovellanos y otros jansenistas españoles.

Regresó a España en 1803, y fue encarcelado por sus ideas. Mier volvió a escaparse, primero a Portugal y más tarde a Londres, donde fue colaborador de *El Español*. Se mantuvo allí con una pequeña ayuda del gobierno británico que le había facilitado Blanco White.

En su *Historia* describía el curso de los debates en las Cortes de Cádiz, y ofrecía argumentos razonados en favor de la independencia mexicana. Estaba escrita de un modo vivaz y polémico y enunciaba todos los temas tradicionales del patriotismo criollo, con apoyos en doctrinas como las manejadas en España por Jovellanos y Blanco White o, en América, por Thomas Jefferson.

En 1816 fray Servando salió de Inglaterra rumbo a México en compañía de Javier Mina, un soldado español que pretendía derrocar a Fernando VII iniciando una revuelta en México. Mina tardó poco en perder la vida. Y la expedición en conjunto fracasó. En 1821 estaba embarcado para volver a España pero huyó y se fue a Filadelfia donde publicó su *Memoria político-instructiva*. Fray Servando dibujó en estas publicaciones últimas un cuadro triste y muy crítico de la situación de la España de aquel tiempo. Cuando regresó de Estados Unidos a México fue capturado por la guarnición española que ocupaba San Juan de Ulloa. Esta plaza fue liberada en 1822, Agustín de Iturbide se había proclamado emperador de México; Mier, que era un ferviente republicano, fue diputado en el Congreso por Nuevo León y se opuso con firmeza al nuevo monarca.

Tras la caída de Iturbide, emperador de México, Mier desempeñó un papel importante en muchas de las maniobras políticas y debates que siguieron. Describiría la Constitución de 1824 como «un monstruoso injerto de la de los Estados Unidos sobre la de Cádiz de 1812». Creía que la naturaleza había postulado que México fuera un Estado centralizado.

FRANCISCO DE MIRANDA, EL PRECURSOR

El pensamiento independentista, la información revolucionaria y la acción se unieron con más fuerza que en ninguno de los personajes anteriores, en el de otro gran americano que pasó, en medio de una vida de escaramuzas y viajes continuos, largas temporadas en Londres: Francisco de Miranda.

Miranda diseñó durante toda su vida una Constitución para todo el continente americano, aunque de orientación inglesa y de corte monárquico. En una carta que Miranda dirigió al Presidente Adams el 24 de marzo de 1789 le indica su propuesta favorable a «un Jefe del Poder Ejecutivo hereditario, que tomará el nombre de Inca, y que será escogido, con particular agrado de mi parte, entre nuestros compatriotas mismos. Tendemos también un Senado electivo, en el que tomarán asiento los hombres de las clases principales, y una cámara de origen y carácter popular, pero cuyos miembros deberán ser propietarios».

El trazado de la vida política de Miranda, que vivió entre 1750 y 1816, fue siempre comprometido, política y militarmente: lo persiguieron las autoridades españolas desde 1783, sin poderlo apresar, hasta que los suyos lo entregaron en 1812, pasó cuatro años en los calabozos de los Castillos de La Guaria y de Puerto Cabello en Venezuela y de San Juan de Puerto Rico, hasta que en 1814 fue transferido a la prisión de las Cuatro Torres en el Arsenal de La Carraca cerca de Cádiz, donde después de dos años de prisión, falleció solo y abandonado el 14 de julio de 1816, a los 66 años de edad. Participó en la lucha por la independencia de las colonias británicas, en la Revolución Francesa y en la guerra de liberación de la América hispana, según escribe su biógrafo más destacado William Spencer Robertson.

Desde que Miranda huyó de Cuba en 1783, donde estuvo enrolado en el ejército español que apoyó la causa independentista de las colonias británicas, siempre fue un personaje buscado y perseguido por la Corona española. Pero su actividad cuando fijó su residencia en Londres en 1800, publicando libros, pasquines y artículos de todo tipo hicieron que Londres fuera el gran caladero de ideas y planes independentistas. La difusión de libros alcanzó un momento estelar con la traducción y difusión de la *Carta a los españoles-americanos* de Juan Pablo Viscardo, escrita en 1791. La carta la recibió Miranda de las manos de Rufus King, encargado de negocios de Estados Unidos en Londres, a quien la había entregado el propio Viscardo. La publicó Miranda como libro en 1799 y tuvo una enorme influencia en el independentismo americano.

Miranda permaneció en Londres hasta 1805 y durante esos cinco años excepcionalmente estabilizado allí. Se casó y estableció su biblioteca, considerada una de las privadas más grandes de Londres, que se convirtió en el centro de reunión de todo lo que tuviera que ver con la independencia de Sudamérica. Este fue el periodo en el que permaneció durante más tiempo en un solo lugar.

Después de los cinco años londinenses no consiguió el apoyo del gobierno británico para la causa de América, pero contó con el respaldo de muchos altos funcionarios. En 1805 viajó a Nueva York con el nombre de Martín para organizar una expedición con fines independentistas a las provincias de Venezuela. Esperaba conseguir el apoyo necesario. También la financiación de sus amigos ingleses y norteamericanos. Intentó desembarcar en las costas de Venezuela en 1806, proclamando sus ideas libertarias y la independencia de esas provincias, pero sin resultado positivo.

Regresó en 1808 a Londres, después de permanecer dos años en el Caribe, con la intención de fortalecer sus proyectos de independencia. En 1810 volvió a Venezuela, cuando ya se había iniciado la revolución de independencia.

Durante su presencia en Londres en la primera década del siglo XIX se configuró un movimiento de ideas y una red de relaciones entre todas las personas que tenían interés por la independencia de Hispanoamérica que giró en torno a Miranda y a su casa de Grafton Street, donde iba recibiendo a los que visitaban Londres o tenían interés en el proceso, tanto americanos como ingleses. Uno de los que pasó por allí sería el joven Bernardo O'Higgins, a quien Miranda dirigió una carta, cuando regresaba a Chile con consejos diversos y prevenciones.

Miranda convirtió Londres en el centro de la propaganda a favor de la independencia de América del Sur promoviendo la publicación de libros y revistas, algunos en edición bilingüe.

Una vez iniciado el movimiento revolucionario en Caracas en el mes de julio de 1810, la Junta Suprema de Venezuela nombró una delegación oficial para gestionar el apoyo del Reino Unido al proceso de independencia, formada por Simón Bolívar y Luis López Méndez; el Secretario de la delegación era Andrés Bello, quien, hasta el 19 de abril de 1810, había estado al servicio de la Corona como Oficial Mayor de la Capitanía General de Venezuela.

La delegación oficial de Venezuela de 1810 se movió en este ambiente en Londres. Bolívar sólo permaneció en la ciudad unos pocos meses regresando a Venezuela en diciembre del mismo año de 1810. Se embarcó de regreso en la corbeta de guerra HRM Sapphire de la Armada Real, al mando del capitán Henry Haynes. También viajó en el Sapphire el *Archivo* de Miranda.

Miranda contó con algunos importantes colaboradores en sus etapas londinense y caraqueña, especialmente Leleux, Campomanes y Antequera, que le ayudaron a difundir los documentos, panfletos y otra información procedente de Londres. Pero su legendario y apócrifo colaborador fue William Burke. Algunos investigadores han considerado que el personaje podía ser un publicista irlandés, que tenía intensas relaciones con Miranda, pero parece más cierto que fue

solo el nombre de un imaginario alter ego, un simple nombre que Francisco de Miranda utilizó para publicar algunos de sus muchos artículos y documentos. William Burke aparecía en las localizaciones en que se encontraba Miranda, desapareció cuando fue encarcelado, y no se supo más de él cuando Miranda murió. Burke publicó cuatro libros entre 1806 y 1808, relacionados con la independencia de Sudamérica, y decenas de artículos en la *Gaceta de Caracas* entre 1810 y 1812.

Otros dos venezolanos importantes pasaron por Londres y tuvieron contactos allí con Francisco de Miranda. Uno de ellos por poco tiempo, Simón Bolívar. El segundo, de perfil personal e intelectual bien distinto, Andrés Bello, tuvo una larga estancia en la capital inglesa durante los dos primeros decenios del siglo xix.

BOLIVAR Y BELLO EN LONDRES

El 19 de abril de 1810 se constituyó en Caracas, sin que el Capitán General Empara pudiera evitarlo, una «Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII», que recibió el mandato de gobernar en nombre del rey cautivo. Andrés Bello tenía un puesto de relieve en la administración del capitán general, que mantuvo bajo la Junta Suprema. Al poco esta última se le designó para colaborar con Juan Germán Roscio en la recientemente creada sección de Relaciones Exteriores de la Secretaría de Estado. La continuación de Bello en el gobierno demuestra que el movimiento de 19 de abril no era una revolución contra del sistema imperial sino más bien una alineación de fuerzas para neutralizar la inestabilidad del gobierno de España. Bello como criollo destacado e inteligente, además de estar familiarizado con los asuntos de la administración, era amigo personal de varios miembros de la Junta y pasó sin dificultad de un gobierno a otro. Poco después se le pidió que fuera a Inglaterra en misión diplomática junto a Simón Bolívar y Luis López Méndez. Salió para Inglaterra con veintiocho años con una importante formación clásica y con una formación humanística consolidada.

Los tres miembros de la delegación tenían planes para volver pronto a Caracas. La posibilidad de independencia o al menos de autonomía tenía apoyo en Londres en los círculos comerciales. Y, desde luego, la apoyaba Francisco de Miranda que tenía su propia red de partidarios políticos. La respuesta del Consejo de Regencia a la proclama de Venezuela llegó a Londres el 3 de septiembre: Venezuela era considerada en estado de insurrección y se la declaraba sujeta a bloqueo naval. Los delegados decidieron que Bolívar volviera a Caracas de inmediato y se quedarían allí López Méndez y Bello para mantener informado al gobierno de Venezuela y comunicar las decisiones de éste al gobierno británico. Miranda decidió por su parte dirigirse a Venezuela una vez que Bolívar dejó Londres; lo que hizo el 10 de octubre llegando a Caracas a mediados de diciembre de 1810.

El regreso de Miranda a Venezuela era difícil, puesto que existían sospechas a propósito de sus intenciones durante la fracasada invasión a Coro en 1806. En el mejor de los casos, los criollos consideraban a Miranda como un idealista pero era más frecuente que lo vieran como un sujeto ambicioso y oportunista. A raíz del contacto con Miranda en Londres, Bello tomó partido a favor del «precursor» y apoyó su decisión de volver a Venezuela. Miranda se lanzó de lleno a la política como miembro de la revolucionaria Sociedad Patriótica y como agitador por la independencia total, que se declaró el 5 de julio de 1811. Miranda asumió el mando del nuevo ejército nacional e intentó sofocar los levantamientos de las provincias que se oponían al predominio de Caracas. Tanto por la falta de experiencia de sus tropas como por el estilo de liderazgo, sufrió reveses militares que lo llevaron a capitular el 25 de julio de 1812 con las fuerzas realistas comandadas por Domingo Monteverde. Ese acto fue cuestionado por sus propios subordinados que no pensaban que la situación fuera tan desesperada y un grupo de oficiales, con Bolívar incluido, detuvo a Miranda, antes de que pudiera salir de Venezuela y lo entregó a Monteverde.

En Londres, tanto López Méndez como Bello carecían completamente de información respecto a estos acontecimientos. Se habían instalado en la espaciosa y excelente casa de tres pisos de Miranda en la calle Grafton núm. 27 (en la actualidad Grafton Way, núm. 58, cerca de Tottenham Court), en donde Bello disfrutó de la importantísima biblioteca de Miranda. Se convirtió en un gran centro de reunión de los patriotas. Allí conoció Bello a José de San Martín, cuando estuvo de paso en Londres a finales de 1811. También fue la sede de la logia llamada «Caballeros Racionales», constituida por varios hispanoamericanos, incluido Bello.

Después de la salida de Bolívar y Miranda para Venezuela las comunicaciones con el gobierno y con la Junta de Caracas se hicieron mucho más complejas. En un informe dirigido a Caracas el 2 de octubre de 1810, los delegados londinenses hicieron mención a problemas económicos. No tenían información procedente de Caracas y tampoco conexión clara con las autoridades inglesas lo que les hizo pasar inmediatamente una época de muy graves apuros económicos. Bello se trasladó a una pequeña vivienda en Poland núm. 9, muy cerca de Oxford Street.

Su amigo más cercano en esta época era José María Blanco White que tenía muy buenos vínculos con Holland House, donde radicaba el círculo liberal más influyente en la época. Bajo su protección se publicaba el periódico *El Español*, cuya línea editorial era fuertemente crítica con la política de las Cortes españolas y simpática con las pretensiones de las colonias iberoamericanas. Blanco hizo todo lo que pudo por apoyar a Bello y así se nota en su correspondencia. De las 28 cartas que se cruzaron entre 1814 y 1828 revelan una amistad muy cercana, suficiente como para que el introvertido Bello compartiera sus sentimientos más íntimos a raíz de la muerte de su esposa y el tercer hijo en 1821. Blanco tenía una alta estima por Bello.

También gracias a las cartas de Blanco sabemos de los intentos de obtener, utilizando al comerciante hispano-irlandés Juan Murphy, del gobierno británico ayuda tanto para él como para fray Servando Teresa de Mier, a cuya peripecia vital ya me he referido. Blanco solicitó ayuda también a sus amigos de Holland House y así también se lee en las cartas dirigidas a Lady Holland.

Mientras buscaba empleo para sobrevivir en Londres, Bello impartía clases de idiomas. Su compañero y amigo Blanco White le consiguió algunas tutorías para los hijos de miembros del gobierno británico como William Richard Hamilton. También obtuvo ayuda del filósofo escocés James Mill para transcribir los manuscritos de Jeremy Bentham.

Los hispanoamericanos de Londres organizaban actividades para difundir noticias sobre sus patrias. Bello tenía experiencia en este asunto y Blanco White también lo que los llevó a colaborar en diversas publicaciones. Una de las herramientas o instrumentos de difusión fue *El Censor Americano*, una revista publicada por Antonio José de Irisarri en Londres, a partir de 1820, que defendía el modelo de la monarquía constitucional. Bello no firmó ningún artículo de *El Censor* pero su participación está documentada por el propio Irisarri, quien lo contrató para colaborar con el periódico. Las aportaciones de Bello son fáciles de identificar, por ejemplo, cuando se refiere a la topografía de la provincia de Cumaná, que conocía muy bien, o diversos artículos sobre el desarrollo de la inoculación de la viruela.

A partir del contacto con Blanco White Bello desarrolló un interés grande por la monarquía constitucional como un modelo aplicable a la Hispanoamérica independiente.

Desde 1817 Bolívar había establecido una precaria base militar en territorio venezolano y empezó a actuar como jefe de un gobierno soberano, pronunció su discurso de Angostura de 1819 y obtuvo las victorias militares de Boyacá en 1819 y de Carabobo de 1821, que liberaron definitivamente el virreinato de Nueva Granada. También había vencido la causa de la independencia en Chile y Argentina y José de San Martín se encontraba en plena campaña contra el virreinato del Perú. En España se produjo el pronunciamiento de Riego en 1820 y Fernando VII entró en la senda constitucional de 1812. En ese momento, mediante una carta fechada el 25 de abril de 1820, Bello le pregunta a White si Europa vería complacida la instalación de monarquías en Hispanoamérica. Bello contesta que «un príncipe de cualquiera de las familias reinantes, sin excluir la de Borbón, se recibiría favorablemente... en las actuales circunstancias. A mí me parece que ninguna concilia mejor el interés de los americanos».

Bello añade que estaba persuadido de que la paz en Hispanoamérica no podría consolidarse sino bajo los principios monárquicos. Al principio era una simple evaluación pragmática pero el 20 de abril de 1820 Blanco le respondió que

la única manera de conseguir la paz era mediante «el abandono de las ideas republicanas que hasta el momento han prevalecido en aquellos países». Advirtió que si la monarquía era la verdadera opción en cualquiera de los países hispanoamericanos, debía contar con el apoyo de la «opinión pública». Esta era también la posición del gobierno británico. Bello planteó a Servando Teresa de Mier el 15 de octubre de 1821 que «es verdad que Inglaterra como las otras grandes potencias de Europa, se alegraría de ver prevalecer en nuestros países las ideas monárquicas», y añadió lo siguiente: «Diré que en este punto el interés de los gabinetes de Europa coincide con el de los pueblos de América, que la monarquía (limitada por supuesto) es el gobierno único que nos conviene y que miro como particularmente desgraciados aquellos países que por sus circunstancias no permiten pensar en esta especie de gobierno. ¡Qué desgracia que Venezuela después de una lucha que en virtudes y heroísmo puede competir con cualquiera de las más célebres que recuerda la historia, y deja a una gran distancia detrás de sí la de los afortunados americanos del norte, qué desgracia, digo, que por falta de un gobierno regular (porque el republicano jamás lo será entre nosotros) siga siendo el teatro de la guerra civil, aun después que no tengamos nada que temer de los españoles!»

JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE

Un pensador y escritor, completamente fundamental para entender la influencia de Londres en los acontecimientos constitucionales españoles y americanos, fue José María Blanco White. Nació en Sevilla en 1775 y murió en Liverpool en 1841. Poeta, novelista, crítico literario, teólogo, pedagogo. Su lengua materna era la inglesa. Blanco fue, con Balmes y Donoso Cortés, uno de los pocos pensadores del siglo XIX español que tuvieron una notable influencia fuera su país, en Europa y en Hispanoamérica. Procedía, por parte de padre, de una familia irlandesa, los White, refugiada en España a causa de la persecución nacional y religiosa de los irlandeses que se había iniciado en los tiempos de Cromwell. Eran comerciantes acomodados.

El 2 de febrero de 1810 Bonaparte entró en Sevilla y todos los patriotas que allí quedaban se fueron a Cádiz a protegerse al amparo de la flota inglesa. Blanco embarcó con destino a Londres a donde llegó el 3 de marzo.

Cuando llega a Inglaterra empieza a publicar *El Español*. El primer número apareció el 30 de abril de 1810 y publicó un artículo, bajo el título «Reflexiones generales sobre la revolución española», en el que se muestra como un radical revolucionario valorando la Revolución francesa y las virtudes del pueblo francés.

Pero a partir de ese número evoluciona para convertirse en un anglófilo y, en poco tiempo, desarrolló una manifiesta francofobia. Esta misma actitud era la propia de realistas, como Antonio de Capmany, autor de *Centinela*

contra franceses, de 1808, que dedica a Lord Holland; también el liberal Quintana o el asturiano Álvaro Flórez Estrada quien había remitido a la Junta Central un comentario al artículo 50 del proyecto de Constitución en el que se mostraba partidario de que se constituyese «una muralla de cincuenta pies de alto y treinta de ancho en toda la línea que divide España de Francia, para que por este medio nos liberemos cuanto sea posible de toda comunicación con una nación que tan mal nos hizo».

La anglofilia de Blanco se refiere a la admiración por la organización y las instituciones políticas y religiosas, no a las formas de vida y manera de ser, que prefiere las de los españoles.

Los ensayos de Blanco en *El Español* tienen muchos contenidos que constatan o pronostican el levantamiento independentista en América. En los ensayos que publica en los números XVIII y XIX de *El Español* explica sus posiciones acerca de las experiencias de lo ocurrido en Francia con la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano y como se ha pasado desde ahí hasta el despotismo de Napoleón.

El Español tuvo gran éxito entre el público hispanohablante de Londres y los lectores de España y sobre todo sus dominios de Ultramar porque contando con la distribución que podía hacer la marina militar o mercantil inglesa, llegaba fácilmente a Cádiz, La Coruña, Portugal, Canarias, Caracas, Río de la Plata, Santiago de Chile, Veracruz, Perú, Guatemala, Jamaica o Trinidad.

El periódico informaba de lo acontecido en estas diferentes capitales y los últimos sucesos que culminarían en la primera acta de independencia que fue la que se proclamó en Caracas en 1811. *El Español* fue una herramienta fundamental para la coordinación de los movimientos contrarios al absolutismo español, y para la salvaguarda de las ideas liberales. No fue posible, aunque lo intentaron, que se prohibiera en Inglaterra, pero las autoridades españolas bloquearon su venta en la península y provincias americanas.

El Español fue un eficaz instrumento de propaganda no solo de las ideas políticas de la *Enciclopedia* sino también de la corriente liberal inglesa. La revolución en marcha, como decían los colonialistas de Cádiz, se hallaba tanto en Caracas, México y Buenos Aires como junto a la orilla del Támesis.

Como ya he dicho, el 19 de abril de 1810, el Cabildo de Caracas, sin ninguna violencia, destituyó al capitán general de Venezuela y se constituyó en Junta Suprema, como las que se habían creado en la Península a raíz de la invasión francesa. En el número IV de *El Español* Blanco White analiza las causas y consecuencias de este golpe de Estado incruento en un artículo que titula «Revolución en Caracas» y defiende la decisión adoptada por el Cabildo. No era entonces ni separatista ni contrario a los intereses de España, sino partidario de

que se preservaran los lazos existentes, pero adoptando reformas como el libre comercio, el punto final del monopolio gaditano y la asunción gradual de la soberanía por las autoridades de México, Nueva Granada y Río de la Plata.

Las acusaciones que se formularon contra Blanco no siempre estuvieron en correspondencia con su verdadero pensamiento. Al menos es una simplificación atribuirle que animara a los independentistas. El artículo de Blanco White en el mencionado número IV, titulado «Revolución en Caracas», es acorde con la decisión del Cabildo, pero no era separatista ni contraria a los intereses de España. No incita a la revolución y a las revueltas sino que trata de que a los pronunciamientos no siguieran decisiones de secesión y una represión española mayor. Conserva la idea de reconciliación hasta el número XVII de *El Español* de agosto de 1810 titulado «Sobre la reconciliación de España con sus Américas».

En la introducción al segundo volumen de *Obras completas* de Blanco White, José María Portillo y Jesús Vallejo han recogido esta idea de moderación. «Blanco era de la opinión de que lo procedente era fomentar en las demás capitales y provincias americanas la formación de juntas, a semejanza de las de Caracas y Buenos Aires. Era el único modo en que la metrópoli podía seguir siendo el centro de la monarquía, fomentando antes que hostilizando la autonomía territorial.»

En el número XXVI del periódico incluye un artículo titulado «Intolerancia religiosa», contra el artículo 12 de la Constitución de Cádiz, según el cual «la religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana, única verdadera». La crítica en este punto se basa en la necesidad de la libertad y el laicismo porque considera que un derecho de todo ciudadano es seguir los principios que le dicte su conciencia. Es sorprendente también que se incorporara en el juramento de fidelidad a la nueva Confederación Americana de Venezuela la cláusula de «defender el misterio de la Concepción Inmaculada de la Virgen María».

Blanco White y Miranda tuvieron relación durante la estancia londinense de 1810. Desde la primera entrega de *El Español*, Miranda había elogiado mucho a Blanco y más aún cuando acogió favorablemente la rebelión de la Junta de Caracas. Muchos escritos procedentes de los patriotas las enviaban a Blanco White para que las publicara, lo mismo que ocurría con documentos aparecidos en la prensa caraqueña. O se los enviaban a través de López Méndez y Andrés Bello. *El Español* reflejaba de esta manera las corrientes políticas del momento, del pragmatismo liberal de Juan Germán Roscio, que era afín a Blanco, al populismo democrático de Miranda y Bolívar.

Blanco White pasó por diferentes etapas en lo que se refiere a su pensamiento sobre los movimientos independentistas americanos. Al principio, en relación con los acontecimientos de Venezuela, informó a sus lectores y reprodujo

algunos pasajes de la *Gazeta de Caracas* y los decretos de la Regencia sobre la libertad de comercio, pero expuso un punto de vista que Juan Goytisolo ha llamado «asimilacionista», que era a la vez contrario al vasallaje colonial y a la independencia absoluta. A medida que llegan despachos sobre la gravedad de los levantamientos invitó a cumplir los propios decretos que fue aprobando la Regencia pero que no se ejecutaban. Es reiterada su advertencia de que existe un «inminente peligro de separarse para siempre» (octubre de 1810, en *El Español*) y vaticina que la contienda será fatal para España. Llega a decir que los españoles están quemando la casa porque no podían ser dueños absolutos de ella.

Una vez que comienza la guerra entre la parte oprimida de la Nación y la que oprime opina que la solución no puede ser sino la esclavitud o la independencia y por ello insiste en recomendar a la metrópoli que procuren evitar el dilema concediendo a los súbditos lo que es justo. Y aconseja a los americanos que «insistan en ser soberanos de su industria, y créanme que más cerca están de este modo de la Soberanía Política».

En el número XXIV de *El Español* fechado en abril de 1810 declara «La América española será potencia independiente y muy poderosa, con el discurso del tiempo, y lo será sin guerras ni desolación si se conducen ahora con prudencia los que manejan la opinión pública. Un continente, que con justicia se llama un mundo, no puede ser esclavo sino entretanto que no haya un verdadero pueblo que lo habite... La América donde la universidad de la lengua española asegura que desde la Tierra de Fuego al Mississippi no puede haber más que un pueblo, está naturalmente destinada a ser un grande imperio».

Pero nadie le hace caso en esos llamamientos a la unidad y a la igualdad jurídica de los ciudadanos de ambas orillas. De aquí que, en abril de 1812, escriba: «He hecho cuanto ha estado a mi corto alcance para persuadir a los americanos a la reconciliación; más ya no está en su mano ni en la mía. El Gobierno español ha rehusado a la amistad, a la humanidad, a la justicia, y aún a su propio interés. ¿Qué les resta que hacer a los americanos?» «Se han de entregar a discreción de semejantes señores, fiados en la defensa de una tercera parte de representantes en el Congreso, a esperar justicia de él, contra la que sumariamente le administren sus virreyes y audiencias...». También se incluyen muchas reflexiones sobre qué debe hacerse en relación con las naciones del Nuevo Mundo y contiene páginas lúcidas sobre su desarrollo económico, el problema de las castas, la tentación de concentrar el poder en manos de un caudillo. Observaciones que prefiguran en cierta manera lo que iba a ser la historia de América en los años sucesivos.

El Español se había convertido en el punto de referencia de líderes y escritores de América, especialmente Venezuela, México y Buenos Aires, pero en España la prensa y los políticos no hacían sino criticarlo y aislarlo en el bando de los patriotas. *El Español* se sostenía por el apoyo de los liberales ingleses a Blanco White. Las dificultades financieras de Blanco, y su persecución, le

llevaron a ponerse al servicio del Gobierno inglés en calidad de consejero e informante, obteniendo una pensión anual de doscientas cincuenta libras.

Menéndez Pelayo escribió sobre José María Blanco White en su *Historia de los heterodoxos españoles*, refiriéndose a *El Español* que «Empresa más abominable y antipatriótica no podía darse en medio de la Guerra de la Independencia. En los primeros números pareció limitarse a recomendar la alianza inglesa y las doctrinas constitucionales, ... desde el número tercero comenzó a defender sin rebozo la causa de los insurrectos americanos contra la metrópoli. De Caracas y Buenos Aires empezaron a llover suscripciones y dinero; el Gobierno inglés subvencionó, bajo capa, al apóstata canónigo, y Blanco, desafortunándose cada vez más, estampó en su periódico las siguientes enormidades: «El pueblo de América ha estado trescientos años en completa esclavitud... la razón, la filosofía, claman por la independencia de América». También se refiere Menéndez Pelayo a *Variedades* o *Mensajero de Londres* que había creado el editor alemán Ackerman y sobre el que Menéndez Pelayo dice: «Del patriotismo de los editores júzguese por este dato: empieza con la biografía y el retrato de Simón Bolívar. Allí es donde Blanco se declara clérigo inmoral y enemigo fervoroso del cristianismo, allí donde afirmó que España era incurable y que se avergonzaba de escribir en castellano, porque nuestra lengua había llevado consigo la superstición y la esclavitud religiosa donde quiera que había ido. Allí por último llamó agradable noticia a la batalla de Ayacucho».

Fray Servando Teresa de Mier conectó también con Blanco White. Cuando llegó Mier a Londres visitó a Blanco. Era entonces la etapa más radical y «lascasiana», como ha escrito Goytisolo, de Blanco. Las inquietudes que se mostraban por parte de Blanco estaban expresadas en el texto de las «Reflexiones sobre la conciliación de España y sus Américas» al que ya he aludido. A este artículo respondió Mier con una «Carta de un americano» que publica *El Español* en su número XIX (texto de octubre de 1811) a la que siguió una segunda *Carta* un año después. Mier habla de sí mismo en tercera persona en el prólogo a la edición de la Sorbona de *Historia de la Revolución de la Nueva España* y expone que «La polémica» entre Blanco White y Mier, de octubre de 1811 a octubre de 1812, puede considerarse como una falsa polémica: además de no haber sobrepasado en ningún momento los límites de la cortesía, el debate permite ver que a pesar de las divergencias, los dos amigos tienen puntos de acuerdo fundamentales, siendo el mayor el objetivo final de la Independencia. Todos los textos muestran que estaban muy unidos: se veían frecuentemente, a veces casi a diario; se prestaban documentos, se informaban el uno al otro de sus trabajos respectivos e incluso de su correspondencia».

En esa carta Servando comparaba la conquista de España por Bonaparte y Murat con la de México por Carlos V y Cortés. La invasión napoleónica sería un castigo divino por las brutalidades de España con los indios que ya había denunciado Bartolomé de las Casas, sevillano e hijo de extranjeros como Blanco. Blanco le respondió en términos amistosos en el número XXIV de *El*

Español con unas páginas bien pensadas en las que expresaba su comprensión por el «calor y la indignación de Mier». La segunda carta de Mier titulada «La segunda carta de un americano» que se publica con el seudónimo «Un caraqueño revolucionario», acompañada de un epílogo (un poema latino de Andrés Bello), acentuaba el jacobinismo de Mier y su inclinación a la acción bélica.

Blanco publicó una *Historia de la revolución de Nueva España* en la que ya se reconocen críticas a la ideología revolucionaria francesa y a la anarquía ocasionada por el federalismo que, a diferencia de lo acaecido en Estados Unidos, en vez de unir las trece provincias divididas, fragmentó y separó lo que antes era un solo cuerpo.

También en su obra *Profecía política* de 1823 entona una verdadera retractación declarando que fue jacobino pero ya ha dejado de serlo y que la experiencia de Francia le había resultado finalmente deplorable. Y confiesa que se fue a Inglaterra y que la vio muy tranquila en medio de una Europa alborotada. Se interesó por este fenómeno y estudió a sus autores, sus *Burkes*, sus *Paleys*, sus *Benthams* y quedó desengañado de lo que habían sostenido antes en favor de los jacobinos, «Retrocedí espantado cantando la palinodia, como lo había hecho en su tomo VI mi célebre amigo el español Blanco White».

Las *Cartas* de un americano sirvieron a Blanco White para aceptar la ruina de los imperios primero el español y luego el británico para comprender que la independencia de América era inevitable.

Juan Goytisolo defendió que uno de los primeros lectores españoles del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* de Humboldt fue José María Blanco White. El texto fue ampliamente reseñado por él nada más desembarcado en Londres en el número IV del mensual de julio de 1810. Le pareció trascendente la obra y tradujo un estudio sobre ella publicado en la *Edinburgh Review* (El Español, número XII, enero de 1812). La primera versión integra se publicó en 1822 en Francia debida a la traducción de González Arnau. En Madrid se editó una traducción de Pedro María de Olivo en 1818 pero tuvo escasa repercusión.

La represión de Monteverde después de la capitulación de Miranda provocó otro movimiento independentista venezolano que resultó de la acción de Santiago Mariño, en Oriente, y Simón Bolívar desde Occidente que culminará con una victoria efímera: la proclamación de la segunda república de Venezuela. Bolívar publica entonces el «Manifiesto de Cartagena», donde analiza las causas del fracaso anterior y elabora un programa que llevará según él a la independencia definitiva. En la municipalidad de Caracas le otorgaron entonces el título oficial de *Libertador*. El programa inmediato lo concretará en el decreto «Guerra a muerte», que Blanco White criticó. Decía: «Españoles y canarios, contad con la muerte... si no obráis activamente (a favor) de la libertad de Venezuela. Americanos, contad con la vida aunque seáis culpables (de lealtad

a la corona)». El caudillo fernandino José Tomás Boves se enfrentó a Bolívar y a Mariño y los derrotó, poniendo término a la segunda república de Venezuela en diciembre del mismo año. Ese mismo mes *El Español* había dejado de publicarse. Había retornado Fernando VII en España y empezaban las represiones de América hispana que él trata de resumir en el lema que encabeza el último número de la revista: *Omnis effusus labor* (Todo el esfuerzo perdido).

André Pons ha cotejado en su obra las opiniones de Blanco White en *El Español* y las respuestas por Bolívar en el «Manifiesto de Cartagena» (1812), la «Carta de Jamaica» (1815) y el «Discurso de Angostura» (1819), así como las «Cartas sobre el Congreso de Panamá». Ambos se conocían desde 1810, cuando el Libertador fue enviado a Londres por la Junta de Caracas para defender la causa emancipadora ante el Gobierno británico. En su «Carta a un americano sobre la rendición de Caracas» Blanco White cuenta las causas del descalabro: el federalismo disgregador, las rivalidades entre caudillos rebosantes de principios doctrinales pero carentes de experiencia política y de gestión, la utilización interesada por unos y otros del explosivo e irresuelto enfrentamiento de castas.

Tras el decreto de «Guerra a muerte» los reveses de Bolívar fueron muchos y el general tuvo que irse a refugiar primero en Colombia y después a Jamaica. Fue derrotada la segunda república y Bolívar tuvo que aprender un nuevo estilo que es el que trata de desarrollar a partir de 1817. Había aprendido hasta entonces mucho de Blanco White. Blanco había homenajeado el valor militar del general pero criticó el radicalismo de su discurso y el caciquismo de los dirigentes criollos. En la Carta de Jamaica de 6 de septiembre de 1815, un año después del cierre de *El Español*, Bolívar asume en gran medida los planteamientos de Blanco y apunta a la inmadurez política, a la anarquía federativa y a las rivalidades entre jefes y facciones enfrentados, como principales obstáculos para la consecución de su sueño independentista.

Hay muchas reflexiones bolivarianas a partir de este momento que reflejan el pensamiento de Blanco, con el que tiene una deuda intelectual poco discutible. Especialmente con sus planteamientos posteriores a la vuelta de Fernando VII. Ambos soñaron con una América hispana que abarcara el Nuevo Mundo desde el Mississippi a la Patagonia, con un Imperio Federal Americano que el Libertador trató de crear en 1826 cuando la idea de un vínculo siquiera nominal con España, defendida por Blanco quince años antes, había fracasado definitivamente. Ambos denunciaron con vehemencia el recurso a la fuerza por las Cortes gaditanas, la Regencia y Fernando VII frente a las aspiraciones legítimas de los americanos.

La desaparición de *El Español* es el punto final del interés de Blanco por las cosas de América. Después se empeñó en la redacción de la publicación *Varietades* o *el Mensajero de Londres*, que era trimestral y que dirigió en 1823 y 1825, por encargo del librero y comerciante alemán Ackermann. El número se abrió con una extensa laudatio de Simón Bolívar «Noticia biográfica de don Simón Bolívar».